

UN LEIT-MOTIV DE LA EDAD MEDIA: LA BIBLIA LATINA

ANTONIO LINAGE CONDE

Para mi paisana Pili Ponce Antón, por haber hecho suyo el versículo *levavi oculos meos in montes*.

Uno de los escritores de nuestro siglo que ha conseguido mantener el argumento y la inspiración medievales en el lenguaje moderno, Thomas S. Eliot, el autor de *Asesinato en la catedral*, insistía en que nuestro patrimonio cultural, el de Occidente, era la herencia de los legados semítico, griego y latino. El primero consistente en el bíblico expresado en hebreo y algo de arameo. Ahora bien, una parte de la Biblia se escribió en griego¹, y al griego se hizo su primera traducción, la colectiva, heterogénea y llevada a cabo en diferentes tiempos, llamada de los Setenta, obra en Egipto de rabinos judíos a partir del siglo III antes de Cristo². Y sus versiones latinas, de las que aquí vamos a tratar³, han sido la fuente más copiosa e intensamente vivida de la literatura cristia-

¹ Aunque podríamos hablar de una prehistoria de la Biblia latina por el influjo que se nota del latín en el original griego del Evangelio de San Marcos.

² M. FERNÁNDEZ GALIANO, *Veinte años de crítica textual de la Biblia griega*, «Estudios Clásicos» 1 (1950-1), 3-10 y 57-72; L. GIL, en «Enciclopedia de la Biblia», 6, 611-20, 791-2 y 934-5 y 1,621-4. Una edición manual completa de los Setenta es la de A. Rahlfs, aparecida en 1935; críticas parciales, la de Cambridge, de 1906 a 1940, y la de Gotinga, obra sobre todo de Joseph Ziegler, de 1931 a 1965. En cuanto al establecimiento del texto hebreo, la actividad rabínica a su servicio es la llamada masora, que acabó configurando el a su vez denominado canon masorético. Alguna parte de la versión de los Setenta está hecha sobre textos anteriores a ése. Y el descubrimiento de los fragmentos de *Qumram* ha retrotraído diez siglos atrás la crítica editorial en cuestión.

³ Excluidas naturalmente las postmedievales, casi todas protestantes, aunque debemos recordar la que hace parte de la Políglota Complutense, la de Alonso de Zamora, quien a su vez trabajó en ésa por encargo del cardenal Cisneros, y la de Erasmo del Nuevo Testamento.

na medieval en sus múltiples manifestaciones ⁴, incluida nada menos que la litúrgica ⁵.

Ahora bien, si a diferencia de su uso cotidiano e integral en el protestantismo, la difusión inmediata de la Biblia ⁶ en el catolicismo fue escasa ⁷, precisamente ello hace de más interés, y por otra parte de abordaje más complicado, la utilización de sus pródigas citas, de la patrística a la escolástica pasando por la ahora tan revalorizada etapa monástica, y además dio lugar a una literatura exegética muy copiosa ⁸.

Y, antes de entrar en materia, subrayaremos la excelsitud estética a que llegó esa combinación de dos mentalidades y dos ámbitos lingüísticos tan diversos como el hebreo y el latino. Porque los esplendores de la poesía oriental pasaron a un idioma que, aun capaz de las suavidades fluidas de Ovidio y de Virgilio, era el de la concisión de Cicerón y de César. Un elemento del todo ajeno a las versiones canónicas de la segunda mitad del siglo XX, preocupadas exclusivamente de la inteligibilidad. A propósito de la *Piana* de los salmos, recuerdo yo haber oído en 1958 a dom Jean Leclercq, en su monasterio de Clervaux, que en claridad superaba incluso al original hebreo, pero ello conseguido a costa de un «desastre» lingüístico. Por entonces, el cabildo catedral de Teruel se pronunció contra su adopción en el coro por esa misma falta de poesía ⁹.

⁴ Pensemos en la predicación (vg., Ph. B. ROBERTS, *Thomas Becket in the medieval latin preaching tradition. An inventory of sermons about St. Thomas Becket c. 1170-c. 1400*; Steenbrugge, 1992). Un espléndido trabajo que distingue las varias versiones de la *Vulgata* utilizadas profusamente por Berceo, el de O. GARCÍA DE LA FUENTE, *Gonzalo de Berceo* (Logroño, 1991).

⁵ El clero de formación «conciliar» tridentina que nosotros hemos llegado a conocer, muy a menudo leía solamente los textos de la Biblia que habían pasado a la liturgia, sobre todo el breviario, que era su fuente cotidiana de cultura sacra. Un detalle: estando Unamuno desterrado en Fuerteventura tuvo necesidad de leer el principio del Génesis, acudió al párroco y éste le dejó la correspondiente lección del oficio de la septuagésima, hecho de tal pasaje.

⁶ Cfr. H. F. DARLOW Y T. H. MOULE, *Historical catalogue of printed editions of Holy Scripture* (Londres, 1903).

⁷ El panorama ha cambiado en la segunda mitad del siglo XX, a partir del Concilio Vaticano Segundo, uno de cuyos pilares fue el llamado movimiento bíblico, con una penetración hogareña, a base sobre todo de la llamada Biblia de Jerusalén, la versión francesa de la Escuela de esta ciudad (cfr. «Scripta Theologica», II, 2, 1970, 551-8, y sobre la llamada Biblia de la Familia, *ibíd.*, 559-62), pero... cuando ya es sencillamente el hábito de leer lo que está en baja.

⁸ Cfr. J. DELARUN, *La Scrittura alla lettera. Del pericolo di una lettura letterale della Bibbia (Matteo III,2,2 IV,17)*, «Studi Medievali» 32 (1991), 659-83.

⁹ A la vez se rechazó a equívocos llamar en el *Magnificat* «maña» a la Virgen (*quia fecit mihi magna qui potens est*). ¿Sólo anécdota frívola? Pero habiendo cambiado tan radicalmente desde entonces la historia de la Iglesia puede trascender, como tantos otros detalles minúsculos de una cotidianidad perdida, la tal categoría.

Mas lo cierto es que, en cuanto la Biblia latina, y en la cima de sus cultores san Jerónimo, vino a integrar esos tres componentes de nuestro acervo espiritual, para Thomas Eliot ese padre de la Iglesia encarnaba en su propia persona lo más profundo y distintivo de tal savia.

Pasando ya a la dimensión textual, salta a la vista que la abundancia de fragmentos resultante, hasta lo abrumador como hemos dicho y habría que suponer, complementaria con creces de la escasez de los códices completos, hubo de plantear agudamente el problema del establecimiento crítico del arquetipo de las distintas versiones, desde luego con más densidad, copiosidad y, en definitiva, dificultades que en cualquier otra obra literaria.

Es más, de las dos traducciones típicas, simplificadoramente queremos decir, pues la unidad de la primera sólo se podría postular tendiendo a la utopía, o sean la *Vetus* y la *Vulgata*, esta última nació por un impulso inicial hacia el aquilatamiento textual de la primera, lo cual ya era una preocupación de la Iglesia.

DE LA «VETUS» A LA «VULGATA»

La versión de la Biblia al latín fue una de las consecuencias de la sustitución por esta lengua del griego en la cristiandad occidental, una situación que se consumó en el siglo IV, pero cuyas consecuencias hay que retrotraer hasta la primera mitad del siglo II.

En esta época, en Roma encontramos ya huellas de la Biblia latina en la traducción de la *Epístola de San Clemente* e inmediatamente en las obras de Novaciano. Y coetáneamente en África, en la obra de Tertuliano (160-220) y sobre todo en la de san Cipriano de Cartago († 258). Al grupo europeo le llamó *italo* el africano san Agustín. ¿Y la europea España? De ella habremos de decir después.

Así las cosas, el papa san Dámaso (366-84) encargó a su secretario san Jerónimo, hacia el año 382, la revisión del texto latino en curso para retrotraerlo a «la verdad griega», tarea de la que nos han llegado sólo algunos testimonios y a veces discutibles, como el salterio, pues si el llamado *Galicano* así revisado sí le pertenece, no es seguro que el denominado *Romano* sea también la versión suya anterior que desde luego sabemos hizo.

Por cierto que Jerónimo, en carta al citado pontífice, le manifestó su deseo de respetar en cuanto le fuera posible el texto antiguo, algo al fin y al cabo natural, teniendo en cuenta la consagración ya tan acusada de las viejas fórmulas, a lo ancho de la cristiandad cotidiana por una parte y en la sucesión temporal de las generaciones a sí mismas por otra, pero

que no fue sin embargo el criterio de la nueva traducción de los salmos en el pontificado de Pío XII, tanto que, a pesar de haber sido llevada a cabo por jesuitas, nos consta que en la Universidad Gregoriana, también a cargo de la Compañía de Jesús, hubo profesores que comentaron un tanto escandalizados alguna modificación que apenas si añadía un matiz nuevo, hasta el extremo de poder ser atribuida extrañamente a un mero afán de cambiar la tradición. Por ejemplo, nada menos que en el *de profundis, audi* por *exaudi*.

Pero esa revisión del texto latino sobre la versión griega del original hebreo no fue la aportación decisiva de san Jerónimo a la Biblia de Occidente, sino que hizo una propia traducción del tal original semítico¹⁰, empezada en Belén hacia el 390 y terminada el 404¹¹. Y ésa es la *Vulgata*, denominada de esta manera, por cierto muy feliz¹², en cuanto nos da una idea de su común aceptación y transmisión, incluso en la primera mitad del siglo XX. Su consagración canónica definitiva tuvo lugar en el Concilio de Trento, que la hizo oficial y la declaró libre de error.

Así las cosas, hasta el siglo IX convivieron la *Vetus* y la *Vulgata*, aunque ésta ya dominaba en Roma en tiempos de san Gregorio Magno. El resultado fue una mutua contaminación, sobre todo en el empleo litúrgico y en los países más lejanos, como Irlanda, España y el mediodía italiano. De manera que enseguida nació la nueva preocupación textual de aquilatar la *Vulgata* misma, que ya tuvieron Víctor de Capua, en la segunda mitad del siglo VI, siendo su fruto el Códice de Fulda del Nuevo Testamento; Casiodoro y Carlomagno. De la edición crítica de Casiodoro se sabe poco, aunque hay una opinión que la identifica como

¹⁰ Pero de un texto, aunque no muy diverso, que no era todavía el nuestro masorético, el cual no remonta más atrás del siglo V. Además hay en él influencias de versiones griegas (sobre todo a través de las *Hexaplas* de Orígenes) y de la misma latina vetustina. Las *Hexaplas* son un precedente de las Biblias Políglotas, conteniendo cuatro traducciones griegas, y del texto hebreo, el consonántico; y otro en caracteres griegos con la pronunciación vocálica.

¹¹ A. VACCARI, *Alle origini della Vulgata. La prima bibbia completa*, «La Civiltà Cattolica» 66 (1915,4) 412-21 y 538-48.

¹² Véase E. SUTCLIFFE, *The Name «Vulgata»*, «Biblica» 29 (1984) 342-53; y A. ALL-GEIER, *Haec vetus et vulgata editio*, ibíd., 353-90. Por otra parte la alternancia de etapas de fijación de un texto y otras de proliferación investigadora y crítica ha sido una constante en los estudios editoriales bíblicos. Así, ha escrito dom Jean Gribomont que «las *Hexaplas* de Orígenes, el *codex Vaticanus*, el *textus receptus* bizantino, Mose b. Ašer o Jacob b. Chaijim, la Pešitta, la Biblia de Lutero, la Revised Standard Version, la Biblia de Jerusalén y la Nestle-Aland, representan, para generaciones sucesivas, algunas de esas obras maestras que a veces señalan una revolución y otras llevan pacientemente a su cogüelmo una tarea ora de erudición ora de vulgarización perezosa»; *Aux origines de la Vulgate*, «La Bibbia *Vulgata* dalle origini ai nostri giorni. Atti del Simposio internazionale in onore di Sisto V. Grottammare, 29-31 agosto 1985» (ed. T. Stramare; «Collectanea Biblica Latina», 16; Roma, 1987) 11-20.

uno de los códices básicos de la *Vulgata*, el Amiatino¹³. La carolingia fue obra de Alcuino, basada en textos sobre todo ingleses e irlandeses¹⁴. Coetánea fue la del obispo benedictino español de Orléans, Teodulfo († 821), naturalmente con predominio de los materiales hispanos.

Y hay que tener en cuenta que las Biblias Políglotas, que hoy concebimos, teniendo en cuenta su exquisitez libraria, como alardes de lujo intelectual y bibliófilo, surgieron merced al afán también de disponer inmediatamente tanto del texto original¹⁵ como de las versiones antiguas que las integran¹⁶, dentro de ese culto renacentista por el acceso a las fuentes en el que se gestaron, a partir de la *Complutense* (1514-7) y de la *Regia* de Amberes (1568-72), ésta de Felipe II con la intervención decisiva de Arias Montano¹⁷, hasta la *Matritense* en curso, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, iniciada en 1957¹⁸.

Nuestros propósitos aquí son dar una idea de alguna de las empresas eruditas más esforzadas que a la búsqueda del texto de la Escritura han tenido lugar. Por esos caminos del pormenor que, en los detalles más menudos, aparentemente confinados a unas diferencias meramente materiales, sin embargo, bien interrogados, son capaces de descubrir e iluminar algunos de los más hondos caminos del espíritu.

Así, dom Gribomont, uno de los editores de la *Vulgata* de que vamos a decir, tras de una noticia sobre las variantes ortográficas de los códices¹⁹, concluía: «Podríamos pensar que fenómenos de orden tan material no tienen nada que ver con el contenido religioso y bíblico. Pero esto no es exacto²⁰. Por ejemplo, el número de veces del empleo de la Y está en relación con el carácter oriental del texto transcrito. La importancia de los problemas de asimilación puede ser también puesta en relación con el carácter excepcional del vocabulario, extraño a la vida corriente», puesto que, y ahora sí entramos ya en la trascendencia, «el

¹³ De fines del VII o principios del VIII, en la Biblioteca Laurenziana de Florencia.

¹⁴ Los códices de la Campania tuvieron mucha difusión en el ámbito anglosajón.

¹⁵ Un precedente parcial, ya en este contexto, el *Psalterium quintuplex*, de J. Lefevre d'Étaples (París, 1509).

¹⁶ A veces con otras modernas.

¹⁷ F. DELITSCH, *Studien zur Entstehungsgeschichte der Polyglottenbibel des Cardinals Ximenes* (Erlangen, 1871) y *Fortgesetzte Studien zur Entstehungsgeschichte der Complutensischen Polyglotte* (Leipzig, 1886).

¹⁸ Naturalmente con la *Vetus Hispana* y la *Vulgata Hispana*, de que diremos, generosa.

¹⁹ *Conscience philologique chez les scribes du haut moyen âge*, «La Bibbia nell'Alto Medioevo», X Semana de Spoleto, 1962 (Spoleto, 1963), 601-30 y 705-14.

²⁰ Además de su interés a efectos de datación y localización, ya en otro plano, pero a su vez historia sin más de los viajes de la sensibilidad y el intelecto, por ejemplo, en el caso concreto a que vamos a aludir, «el empleo de la Y en función de semi-vocal o de inicial parece un síntoma meridional». Véase la nota 84.

contacto con la Biblia introdujo la Edad Media en un mundo cultural más amplio, pudiéndose comprobar por el detalle de los hechos cómo obligaba a un esfuerzo y cuántas perspectivas abría».

Por otra parte, ¿no resulta ello simbólicamente coherente con esa índole de religión del libro que el cristianismo indiscutiblemente tiene?

Y de ahí también lo puesto en razón de que los monjes se hayan dedicado al libro *in genere* y a la reconstrucción paciente del libro sin más *in specie*.

EL TALLER DE BEURON

En 1950 se publicaba en Hamburgo una novela de Elisabeth Langgässer, *Märkische Argonautenfahrt*, desarrollada en el verano de 1945, inmediatamente después de terminada la guerra, y con el argumento consistente en la marcha que siete personas emprenden desde el Berlín destruido hasta un monasterio de monjas cistercienses que recibe el nombre de ficción de Anastasiendorf, y que en la realidad es el priorato de Santa Gertrudis en Alexanderdorf über Zossen. Uno de sus personajes es el padre Mamerto, cronista y capellán de la casa, el cual en una ocasión menciona al padre Albano, con «su lengua barba». Apenas disimuladamente, se trata de dom Alban Dold, de Beuron, el cual (1882-1960) dirigió a partir de 1927 el «Instituto del Palimpsesto» creado en su abadía, así como la serie de libros denominada «Texte und Arbeiten. Beiträge zur Ergründung des älteren lateinischen Schrifttums und Gottesdienstes». De la novela en cuestión no vamos a decir más, sino solamente notar que en su trama simbólica los palimpsestos tienen un papel trascendente²¹. Y señalar que, al fin y al cabo, la aparición en ella del benedictino erudito²² resulta un tanto consoladora del apartamiento de la sociedad contemporánea de estas andanzas del espíritu. Unos tiempos muy diversos de aquellos en los cuales no creemos haya exagerado mucho dom David Knowles al comparar el impacto de la aparición *De re Diplomatica* de Mabillon al de la teoría de Einstein en los nuestros.

²¹ Los interesados pueden consultar: E. AUGSBERGER, *Elisabeth Langgässer. Assoziative Reihung, Leitmotiv und Symbol in ihrer prosawerken* (Nuremberg, 1962) y *Studien zum Weltbild Elisabeth Langgässer* (Kiel, 1957), además de H. MARZHAUSER, *Die Darstellung von Mönchtum und Klosterleben in deutschen Roman des zwanzigsten Jahrhunderts* (Frankfurt-Berna, 1977).

²² Bibliografía de dom Dold en *Bibliographie der deutschsprachigen Benediktiner, 1880-1980* (St. Ottilien, 1987) 571-3; en su septuagésimo cumpleaños se publicó en Beuron una miscelánea en su honor, *Colligere fragmenta*.

Pues bien, estos palimpsestos que pueden proporcionar materia a un novelista a la caza de símbolos, en el monasterio de Beuron eran y son unos de los materiales más preciosos para reconstruir las viejas biblias latinas anteriores a la *Vulgata* jeronimiana. Tarea por cierto más complicada, extensa y dispersa que la edición crítica de esta última, en cuanto no se trata de identificar el arquetipo de un libro, sino los de varias traducciones de un mismo libro pero incluso sin el original a su vez idéntico siempre. Que sus huellas hayan quedado a menudo en palimpsestos no es desde luego una casualidad. Tengamos en cuenta que sus códices resultaban en la práctica inútiles luego de ser adoptada la tal *Vulgata* sucesora. Aun en una situación idéntica, de consecuencias a cual más dispares en nuestros días donde ya es el libro como tal, tras cinco siglos de imprenta, el que tiene síntomas de tramonto, a propósito de los textos litúrgicos del rito latino después del último concilio.

Además de a los palimpsestos, la caza de las huellas y los fragmentos había de atender también a los restos de esos manuscritos pues de que decimos sencillamente desaparecidos al imponerse la *Vulgata*, a las hojas de guarda y a las citas litúrgicas y patrísticas. Todo ello, en el espacio europeo y africano, y en el tiempo desde la segunda mitad del siglo II. Démonos cuenta de la significación a estas alturas de que ya san Agustín se quejara del exceso de variantes²³. Con que, ¿qué diremos de las contenidas en el pequeño número de códices que nos han sobrevivido, pequeño proporcionalmente pero que alcanza la cifra de cuatrocientos cincuenta y tres en el elenco de dom Bonifacio Fischer²⁴ que hizo de presentación en 1949 a la empresa tomada a su cargo por su monasterio beuronense?

Naturalmente que la *Vetus Latina* no pudo por menos de tentar en su día a los benedictinos mauristas. Y a ella se dedicó concretamente uno de los colaboradores de dom Thierry Ruinat que luego acabó trabajando solo, don Pierre Sabbhatier (1682-1742), consagrado a esta faena por espacio de veintiocho años ya cuando le sorprendió la muerte dejándola inédita, si bien no se hizo esperar la edición póstuma en tres infolios²⁵,

²³ El contenido suele consistir en una versión muy literal de los Setenta, y la forma en un latín muy vulgar que atiende a las necesidades pastorales.

²⁴ *Verzeichnis der Sigel für Handschriften und Kirchenschriftsteller* (Friburgo, 1949; luego ha sido actualizado por el director científico de la obra, H. J. Frede, quien disertó el 1 de junio de 1989 en Beuron sobre su estado, *Stand der Forschung und Edition*). De dom Fischer hay que consultar también su comunicación a la Semana de Spoleto citada en la nota 19, *Bibelausgaben des frühen Mittelalters*, pp. 519-600 y 685-704.

²⁵ (Reims, 1743-1749; con el título modificado se reimprimió en París por Didot, en 1751).

*Bibliorum sacrorum versio vetus italica et caeterae quaecumque in codd. mscr. et antiqu. libr. reperiri potuerunt*²⁵.

Y en la primera mitad de nuestro siglo tuvo la noble ambición de sucederle un solitario párroco de Baviera, Josef Denk, quien, sin embargo, antes de morir en 1927, se había dado inexorable cuenta de que no era la pretensión para las fuerzas de un solo hombre de manera que, pasado el paréntesis de la Gran Guerra, y a pesar del estímulo de Eduard von Wöllfing, inducido por su amistad con el bibliotecario de Beuron, dom Anselm Manser le donó su fichero, dándose allí enseguida cuenta dom Alban Dold de la cantera que suponía para sus propias investigaciones sobre los palimpsestos y fragmentos²⁶.

De Beuron podemos decir que fue la realización monástica más vigorosa en los benedictinos negros de este pujante movimiento restaurador del siglo XIX, una de las más grandes empresas del espíritu de la Edad contemporánea²⁷. Paradójicamente, lo que se le ha llamado un imperio cenobítico, coincidente con la ascensión de su solar alemán en muchos ámbitos de la historia de entonces, empezó a declinar cuando allí de Imperio volvía a hablarse, ante la persecución nacionalsocialista. El abad Raphael Walzer, elegido en 1921, hubo de exiliarse y dimitir en 1937. Pero antes había dado su visto bueno a la formidable empresa editora de que estamos diciendo. Dom Fischer se entusiasmó con ella desde su noviciado coetáneo²⁸, anterior a sus estudios romanos. Y así fue cómo, ya después de la segunda guerra como hemos precisado, se iniciaba sin conocer solución de continuidad hasta hoy esa *Vetus Latina*, cuyo título se desarrolla *Die Reste der allateinischen Bibel nach Petrus*

²⁶ Un ejemplo es este título de sus «Texte und Arbeiten», el núm. 29-30 de la serie primera (Beuron, 1938), de Heinrich Schneider, *Die allateinischen biblischen Cantica*. Tampoco puede extrañar la aportación a este acervo vetusto de los editores de la *Vulgata*, al fin y al cabo en lo que era una etapa posterior; por ejemplo dom Robert Weber se ocupó de *Les anciennes versions latines du deuxième livre des Paralipomènes* y de *Le Psautier romain et les autres anciens psautiers latins* (1945 y 1953, núms. 8 y 10 de la serie complementaria de la edición de la *Vulgata*, «Collectanea Biblica Latina»). Lo mismo que, un tanto a la inversa, dom Fischer también ha tratado del texto de la *Vulgata*: *Die Alkuin-Bibel* (núm. inaugural de la serie a su vez complementaria de la edición de la *Vetus*, «Aus der Geschichte der lateinischen Bibel»; Friburgo, 1957); *Bibeltext und Bibelreform unter Karl dem Grossen*, en «Karl der Grosse» II (Düsseldorf, 1965), y *Algunas observaciones sobre el «Codex Gothicus» de la Real Colegiata de San Isidoro de León y sobre la tradición española de la Vulgata*, en «Archivos Leoneses» 15 (1961), 5-47; y don Dold, en sus propios «Texte» (I, 19-20; 1931) editó *Zwei Bobbienser Palimpseste mit frühesten Vulgatatext*. Y la Políglota Vaticana imprimió la conferencia dada el 21 de enero de 1951 por dom Weber en el Instituto Bíblico, *Problèmes d'édition des anciens psautiers latins*.

²⁷ Véase el volumen colectivo «Beuron, 1863-1963. Festschrift zum hundertjährigen Bestehen der Erzabtei St. Martin» (Beuron, 1963).

²⁸ Nació en 1915.

Sabatier neu gesammelt und herausgegeben. Notemos el tributo a su hermano de Orden antecesor²⁹.

Pero notemos que, a diferencia de la empresa pareja para la *Vulgata*, no todos los colaboradores de ésta son monjes de la casa, ni siquiera benedictinos.

De los veintisiete volúmenes previstos se han terminado sólo tres, a saber el II (Génesis —pues el primero es introductorio—, de dom Fischer), el XXIV (epístolas a los Efesios, Filipenses y Colosenses, de Frede) y el XXV (a los Tesalonicenses, Timoteo, Tito, Filemón y Hebreos, del mismo); trece no se han comenzado y el resto ha aparecido en parte.

Con lo que, al cabo ya de bastantes años y fatigas de manos a la obra³⁰, dom Fischer pudo ofrecer, en 1985, una visión de sus materiales y herramientas, *Lateinische Bibelhandschriften im frühen Mittelalter*³¹.

Y, a diferencia de lo que para la edición de la *Vulgata* veremos, se ha comenzado y se sigue a la vez con los dos Testamentos, y más deprisa con el Nuevo precisamente, pues de 1951 a 1954 dom Fischer ultimó el Génesis y no volvió a aparecer ningún otro libro del Antiguo hasta el de la Sabiduría, a cargo de Walter Thiele, de 1977 a 1985, en tanto que de 1956 a 1968 este mismo había editado las Epístolas Católicas, comenzando por su parte con las de San Pablo Hermann-Josef Frede, por la de los Efesios, de 1962 a 1964.

Y, abonado el terreno para cosechar la edición de los Evangelios, comenzando por el de San Mateo³², ha sido posible hacerse una idea del progreso en el conocimiento de los manuscritos a tener en cuenta, desde los trabajos de White para la edición oxoniense a principios de siglo —cuatrocientos sesenta y seis códices agrupados en veintiséis familias, que han sido clasificados según un criterio estrictamente codicológico y no por su texto. Habiendo esto implicado la extensión de las investigaciones a los de la *Vulgata* siempre que éstos estuvieran conta-

²⁹ Además emparentado por una intimidad mayor. La fundación de Beuron, por los hermanos Mauro y Plácido Wolter y el patrocinio de la princesa Catalina de Hohenzollern, desde el punto de vista estrictamente monástico, se inscribió en la órbita del Solesmes de dom Próspero Guéranger, a su vez heredero espiritual del maurismo. Y recordemos la plusmarca erudita, en el benedictismo de la época, de la fundación beuronense en Bélgica, Maredsous.

³⁰ La mejor prueba de ello es la necesidad de actualización de la presentación de dom Fischer que citamos en la nota 24 (por tres veces, en 1981, 1984 y 1988, a cargo de H. J. Frede, el cual tiene además en prensa *Biblische Handschriften. Verzeichnis und Sigel*).

³¹ Núm. 11 de la serie complementaria que citamos en la nota 26.

³² Thiele empezó el *Eclesiástico* en 1987 y Roger Gryson el de Isaías, y en 1992, el *Cantar de los Cantares*, Eva Schulz-Flügel.

³³ Los núms. 13, 15, 17 y 18 de la serie citada en la nota anterior, de dom Fischer, tratan de *Die lateinischen Evangelien bis zum 10. Jahrhundert* (1986-91).

minados con alguna variante de interés. Lo cual querría decir que estos benedictinos habían abierto el camino para la terminación de la obra de sus hermanos de San Jerónimo de Roma, de que vamos a decir, de no haber renunciado éstos a ello.

La serie complementaria de estudios sobre la cuestión, comenzada en 1957, alcanzará su vigésimoquinto volumen este año de 1993³⁴. En ella hay ediciones de textos determinados también, o sea versiones concretas, como *Pelagius, der irische Paulustext, Sedulis Scottus*, de Frede, y *Die lateinischen Texte des 1. Petrusbriefes*, de Thiele; estudios textuales, como *Wortschatzuntersuchungen zu den lateinischen Texten der Johannesbriefe*, de Thiele, y *Der Brief an die Hebräer und das «Corpus Paulinum». Eine linguistische «Bruchstelle» im Codex Claromontanus (Paris, Bibliothèque Nationale grec 107 + 107A + 107B) und ihre Bedeutung im Rahmen von Text- und Kanongeschichte*, de Reinhard-Franz Schlossnikel; codicológicos, cual *Altlateinische Paulus-Handschriften*, de Frede; y comentarios exegéticos, como *Die alte «Glosa psalmodum ex traditione seniorum»*, de Helmut Boese, *Paul-Augustin Deproost, Commentaires de Jérôme sur le prophète Isaïe*, de Roger Gryson, e *In Cantica Cantorum de Gregorio de Elvira*, por Eva Schulz-Flügel³⁵.

Jurídicamente la empresa se articula en una Fundación y un Instituto, cuyas actividades son dadas a conocer por un boletín que viene publicando la editorial Herder en Friburgo, habiendo aparecido en 1992 el número 36 de la «Stiftung» que coincide con el 25 del «Institut», titulado *Vetus Latina. Gemeinnützige Stiftung zur Förderung der Herausgabe einer vollständigen Sammlung aller erhaltenen Reste der altlateinischen Bibelübersetzungen aus Handschriften und Zitaten bei alten Schriftstellern*.

Un ejemplo de estos tabajos y días le tenemos en la edición de Isaías, para la cual estaba previsto un volumen de ochocientas o novecientas páginas, a base del cálculo de unas diez y siete mil citas, pero habiendo debido ampliarse aquél a otro del mismo tamaño por sobrepasar éstas las veinte mil, a pesar de no haber quedado casi nada de la tradición textual directa y muy pocas citas litúrgicas, pero habiendo en

³⁴ La segunda parte de la miscelánea en honor de Frede y Thiele, *Philologia sacra*. En ella notamos tres colaboraciones españolas, de Madrid concretamente, a saber *Las Glosas Marginales y el palimpsesto Vindobonense como testigos de 1 Samuel*, de Ciriaca Morano; *La Vetus Latina de Reyes. ¿«Vorlage» distinta o actividad creadora?*, de Natalio Fernández Marcos; y *Afinidades léxicas entre Vetus Latina y Vulgata en los Libros de Reyes*, de Antonio Moreno.

³⁵ Los núms. citados son respectivamente los 3, 5, 2, 20, 4, 9 y 22 (sin concluir) el de Boese, y 23, pendiente aún el de Eva Schulz; los aparecidos de 1958 a 1993. El 12 es también de don Fischer (1986), *Beiträge zur Geschichte der lateinischen Bibeltexte*.

cambio muchas patrísticas y de gran trascendencia cristológica, como ³⁶ XXXIII, 10 y siguientes (*nunc exurgam*, que se leía en el tiempo pas-cual en Verona), 15-17 (la visión que tienen de Dios en la gloria los justos), XXX,28 (la tempestad accesoria de una teofanía), XXXIV,16 (enigmático pasaje de los animales reunidos por el Espíritu del Señor), XXXIV,4 (el cielo que, en otra teofanía, se repliega como un libro), y XXXI,9 (bienaventuranza que, en la exégesis, se acompaña de la maldición alternativa).

Y, cuando ya vamos a pasar a ocuparnos de la otra empresa benedictina erudita gemela, de la edición crítica también de la *Vulgata*, a propósito de las relaciones entre una y otra, paralelo ineludible de las a su vez existentes entre los dos textos a reconstruir, citamos este botón de muestra del caso de Isaías también ³⁷: «En cuanto a la versión jeronimiana, la confrontación del texto establecido críticamente de *In Esaiam* con el aparato crítico de la edición benedictina, hace ver más y más la fragilidad de una tradición directa considerable, pero dependiente por completo de un pequeño número de arquetipos mayores cuyos errores plausibles se han transmitido a todos sus descendientes, por ejemplo, el ejemplar que el mismo Jerónimo tenía a la vista al redactar el comentario que por supuesto también los tiene. En el caso, *verbi gratia*, de Isaías XXX,33 (*praeparata est enim ab heri Tophet a rege praeparata profunda et dilatata*), texto al que Jerónimo apenas si penosamente alcanza a encontrar un sentido cuando tiene que explicarlo. Y es que en realidad hay que leer *regi* y no *a rege*. Y recuérdese también el peso de la tradición litúrgica, por ejemplo el de los pasajes que el Breviario re-tiene como cánticos, tal Isaías, XXX,2-10» ³⁸.

UN MONASTERIO PARA UN LIBRO

Dom Henri Quentin fue uno de los últimos gigantes de la erudición benedictina (1872-1935). Natural de Saint-Thierry, en la diócesis de

³⁶ Además de XXX,26 (*erit lumen lunae*); XXXI,9 (*beatus qui habet semen*); XXXII,6 (*stultus stulta*) y XXXII,17 (*erit opus iustitiae pax*).

³⁷ Último boletín citado, p. 31.

³⁸ Para más información véanse: F. König, *Die Bedeutung der «Vetus Latina»*, separata de «Saeculum» IV,3, 1953; J. Gribomont, *Vetus Latina*, en «Enciclopedia de la Biblia» (Barcelona, 1965) VI, coll. 1177-83; *Les plus anciennes traductions latines*, en «Bible de tous les temps. II: Le monde latin antique et la Bible» (ed. J. Fontaine y C. Pietri; París, 1985) 43-65; y *Latin versions*, en el suplemento a «The Interpreter's Dictionary of the Bible» (Nashville, 1976), 525-32. La Academia de Berlín ha empezado la reedición sinóptica de los evangelios manuscritos de la *Vetus*: A. Julicher, *Itala. Das Neue Testament in Altlateinische Überlieferung*, I-III (Berlín, 1938-54).

Reims, tierra a cual más monástica y concretamente maurista, vistió el hábito en Maredsous y profesó en Solesmes. A principios de siglo, su libro sobre *Los martirologios históricos* se ha considerado la obra cumbre de las ciencias eclesiásticas coetáneas³⁹.

Era amigo personal del cardenal Aquiles Ratti, el también erudito bibliotecario de la Ambrosiana de Milán. Y cuando éste subió al solio pontificio, ya Pío XI, le llamó para una de sus primeras audiencias privadas⁴⁰, confiándole entonces que tenía el designio de llevar a cabo tres logros en su pontificado. Uno, nada menos que resolver la Cuestión Romana, como así lo hizo; recordemos el Tratado de Letrán de 1929. Otro, dejar en libertad a los exégetas y a los fieles sin más sobre el *Comma Ioanneum* (1Io. 5,7-8), el texto que había sido declarado auténtico⁴¹ por el Santo Oficio el 13 de enero de 1897. Y efectivamente, un decreto del mismo dicasterio de 2 de junio de 1927 se pronunció, con la ineludible explicación acalaratoria de la innovación, en el otro sentido. Y el tercero consistía en ultimar la edición crítica de la *Vulgata*, empresa ya en curso pero de un avance lento denotador de un mal de fondo en su mismo plan. Contando sobre todo con dom Quentin para su desbloqueo.

Pero el propósito en cuestión remontaba nada menos que a la sesión cuarta del mismo Concilio de Trento, el 5 de abril de 1546 cuando, a la vez que se imponía, como hemos dicho, la *Vulgata* en la enseñanza y la predicación⁴², se pedía ya al Papa una edición de la misma lo más exacta posible. A lo cual se respondió con dos ediciones romanas, la de Sixto V, en 1590, y la de Clemente VIII dos años más tarde, conocida ésta por Sixto-Clementina a partir de su impresión lyonesa de 1604⁴³.

Y, a pesar de las escasas posibilidades que a la investigación dejaba este monopolio canónico. ¿cómo habrían podido los benedictinos de San Mau-

³⁹ Uno de sus primeros trabajos trató del obispo de Huesca, Elpidio, y las suscripciones del Segundo Concilio de Toledo; «Revue Bénédictine» 23 (1906), 257-60.

⁴⁰ Debo esta noticia, de palabra, a dom Jean Leclercq.

⁴¹ Por cierto, transmitido sobre todo en los códices africanos y españoles. Entre sus defensores modernos estaban el cardenal Wiseman, los jesuitas Franzelin y Billot y el protestante Scrivener.

⁴² Con las correlativas prohibición y anatema; así el benedictino Isidoro Clarius o de Chiari, obispo de Foligno, había publicado en 1542 una versión latina muy dependiente de la del protestante Sebastián Münster, que caía bajo la regla tercera del índice tridentino no sólo por esto, sino sencillamente por enmendar la *Vulgata*; véase J. Gribomont, *L'Eglise et les versions bibliques*, «La Maison-Dieu» 13 (1960) 41-68. Tiene todavía interés la *Geschichte der Vulgata* (Maguncia, 1868), de F. Kaulen. Imprescindibles las actas del Congreso citado en la nota 12, y P. M. Bogaert, «Cahiers de la Revue Théologique de Louvain», 19.

⁴³ Por cierto que entre los colaboradores había benedictinos de Montecasinio y de Florencia.

ro quedar fuera de este saber sacro? De manera que, a guisa de una de sus ediciones patrísticas más, dom Pouget y dom Martianay dieron, al frente de las obras del mismo, el texto escriturario de san Jerónimo, en 1693, basándose en unos manuscritos de la familia de Teodulfo, que deformaban aquél por haberle corregido según el original hebreo. En la otra gran congregación benedictina francesa, la de Saint-Vanne, dom Augustin Calmet, prologó y puso unos índices copiosísimos a una edición de la Sixto-Clementina impresa en Padua en 1763, y además ideó una nueva versión latina, a pesar de su entusiasmo, que no sólo fidelidad, jeronimiano —*Harmonie analytique de plusieurs sens cachés et rapports inconnus de l'Ancien et du Nouveau testament, avec une explication littérale de quelques psaumes et le plan d'une nouvelle édition de la Bible latine* (1708)—⁴⁴.

Así las cosas, el 30 de abril de 1907, parece que por sugerencia del prior de Montecasino, dom Ambrogio Amelli, en una carta del cardenal Rampolla, presidente de la recién creada Comisión Bíblica Pontificia, al abad primado de los benedictinos, cargo tampoco entonces muy viejo —este año cumple su primer centenario—, dom Hildebrand de Hemptinne, se encargaba a la Orden de la recogida de los materiales tendentes a editar críticamente la *Vulgata*, y ya la última tarea el propio Papa, san Pío X, en la epístola *Delatum sodalibus* de 3 de diciembre siguiente⁴⁵. También pudieron servir de acicate, de parte de «los hermanos separados», el estudio del protestante francés Samuel Berger, *Histoire de la Vulgate pendant les premiers siècles du moyen âge*⁴⁶, y la edición de

⁴⁴ J. GRIBOMONT, *Les éditions critiques de la Vulgata*, «Studi Medievali» 2 (1961), 363-77; G. Mercati, *La prefazione inedita alle varianti della Vulgata raccolte dai monaci di Montecassino*, en «Miscellanea di studi in onore di A. Hortis» (Trento, 1910) 981-4 (reimp. en «Opere minori», 3; «Studi e Testi», 78, Ciudad del Vaticano, 1937; 71-4); Athanasius Miller, núms. 12,2 y 17,1-3, de los «Biblische Studien», sobre *Los comentarios al Nuevo Testamento del cardenal Sirllets y la edición sixto-clementina*. Unas tentativas muy elevadas en el XIX, estudiadas por V. Colciago, *I barnabiti Luigi Ungarelli e Carlo Vercellone e la revisione della Vulgata*, pp. 118-36 de las Actas citadas en la nota 12. Las variantes recogidas por éstos, se imprimieron en Roma de 1860 a 1864, cuando ya llevaba largos años dedicado a la misma tarea el alemán Lobregott-Friedrich Tischendorf (1815-74), descubridor en el monasterio de Santa Catalina del Sinaf del Códice Sinaitico, que publicó (en 1873, con T. Heyse), como también el Amiatino, escrito en el monasterio de Jarrow hacia el año 700 y derivado de un arquetipo romano perdido (con el Turonense y el Ottoboniano, base para la edición del Octateuco de dom Quentin). Tischendorf escribió dos libros de sus viajes eruditos: *Reise in der Orient* (Leipzig, 1845-6) y *Aus den heiligen Lände* (ibíd., 1862).

⁴⁵ H. DE SAINTE-MARIE, noticia en «Lettre de Ligugé», núm. 184 (1977) 7-20; E. VARELA MORENO, *Los benedictinos y la historia de la edición crítica de la Vulgata*, «Miscelánea de estudios árabes y hebraicos» 24 (1976) 37-66; un detalle: T. Moral, *Silos y la edición crítica de la Vulgata*, «Nova et Vetera» 3 (1978) 237-46.

⁴⁶ (París, 1893; reimp., Nashville, 1958; y Hildesheim, 1976); sobre el tema, J. GIBROMONT, pp. 11-20 de las Actas citadas en la nota 12.

los Evangelios de los anglicanos de Oxford, J. Wordsworth y H. J. White⁴⁷. Y sin tardanza se constituyó una comisión, presidida por el abad inglés Aidan Gasquet⁴⁸ e integrada por otros tres miembros, dom Amelli⁴⁹, y una pareja de Maredsous, dom Janssens y dom De Bruyne⁵⁰. Luego se asociaron dos más que ya hemos citado, dom Manser y Dom Quentin. Ello recordaba la comisión sixtina que en su día había presidido el cardenal Carafa. También dom Gasquet fue creado cardenal en 1914⁵¹.

El estudio en los monasterios ha hecho parte de la obediencia y la ascesis, pero cuando su argumento es sacro, también ésta su misma materia se identifica además con la propia vida monástica. En este contexto, Benedicto XV, por el motu proprio *Consilium a decessore nostro*, constituyó el 25 de septiembre de 1914 en comunidad cenobítica a la comisión de San Calixto, que venía reuniéndose desde el 21 de noviembre de hacía siete años.

Poco después del nombramiento para ella de dom Quentin, en 1908, se había procedido a imprimir el texto clementino en trescientos sesenta

⁴⁷ *Novum Testamentum Domini Nostri Iesu Christi secundum editionem sancti Hieronymi*, comenzado a imprimir por los dichos evangelios en 1905; reseña de dom Fischer, «Zeitschrift für die Neutestamentliche Wissenschaft» 46 (1955) 179-96. De 1883 a 1923 salió la serie paralela de estudios, «Old-Latin Biblical Texts». La familia Wordsworth tenía mucho abolengo en este ámbito —a ella pertenecía el poeta William.

⁴⁸ Éste editó el *Codex Vercellensis* (Roma, 1914), pero su misión fue sobre todo representativa, y muy eficaz para conseguir la financiación, mostrándose en este sentido muy generosos los Estados Unidos, incluso los protestantes.

⁴⁹ Éste inauguró la serie paralela de textos, «Collectanea Biblica Latina», que ya hemos mencionado, con un enigmático salterio latino encontrado en una Biblia de Montecassino, *Liber Psalmorum iuxta antiquissimam latinam versionem nunc primum ex Casinensi cod. 557* (Roma; Pustet, 1912).

⁵⁰ Éste, con B. Sodar, anticipó la edición del libro de los Macabeos, con el que precisamente se terminaría la edición benedictina, *Les anciennes traductions latines des Macchabées* (Maredsous, 1932). Llegó a tiempo póstumo de aportar un texto al «Corpus Christianorum», *Quaestiones in Heptateuchum*, de san Agustín (XVIII,81; 1958), y había abordado el problema de si el propio san Jerónimo recopiló en vida todas sus versiones escriturarias (*Un nouveau document sur les origines de la Vulgate*; «Revue Biblique» 10 (1913), 5-14. En la «Revue bénédictine», 31 (1914-9) 385-93, publicó *Etudes sur les origines de la Vulgate en Espagne*. Y es suyo el núm. de las «Collectanea» (1921), *Les fragments de Freising*, de las epístolas paulinas y las católicas. Notemos que la «Revue bénédictine» publicaba anexo un «Bulletin de la Bible Latine», a cargo de dom Bogaert, luego englobado en el «Bulletin de l'ancienne littérature chrétienne».

⁵¹ Entonces la comisión se trasladó del Colegio benedictino de San Anselmo en el Aventino al palacio de San Calixto in Trastevere. El año anterior había entrado en ella otro inglés, de la abadía de Downside luego también, dom John Chapman, entonces de Maredsous. Otros colaboradores fueron dom Cottineau, dom Fornari, dom Couglin y dom Campeis, además de dom M. Harvard, dom Trifoni, dom Weld-Blundell y el oratoriano Bellasis. Y fuera de Roma dom Vautier, dom Yves Laurent y dom Mattei-Cerasoli.

ejemplares de hojas sueltas para poder anotar las variantes cómodamente. Y al año siguiente comenzaron los viajes «literarios» y la fotografía de los códices: dom Quentin en Italia, Francia, Suiza, Inglaterra; dom De Bruyne en España, donde también estuvo aquél en 1914, como en Austria y Alemania. Entre sus corresponsales en el extranjero estaban, en Silos, dom Alfonso Andrés y el futuro abad Luciano Serrano; y las monjas de Stanbrook, de Maredret y de San Luis del Temple de París en la rue Monsieur. Una de las consecuencias de la guerra fue la movilización de dom Quentin, pero secretario del Estado Mayor en París tuvo tiempo para elaborar un método de clasificación de los manuscritos —en 1911 había publicado el fascículo de *Les Règles proposées* para colacionarlos, y en 1922, número sexto de las «Collectanea», la *Mémoire sur l'établissement du texte de la Vulgate*⁵², la parte relativa al Octateuco, en la cual rechaza «el punto de vista de los antiguos editores que, para la elección de las lecciones, se apoyaban sobre los textos hebreo y griego, debiendo por el contrario establecerse el texto de la *Vulgata* por el juego de la concordancia de los manuscritos latinos entre ellos», y se mostraba convencido de haberse llegado a un arquetipo único, pero no al texto jeronimiano, ya que en ése había faltas comunes a las diversas familias: «Y básteme decir que he llevado a cabo todas mis experiencias en un estado de ánimo diametralmente opuesto al que Joseph Bédier, en su espiritual introducción a *Lai de l'Ombre* atribuye, quizá un poco severamente, a muchos editores de textos. Yo propongo un método que, partiendo de colaciones minuciosas, llega a una regla de hierro». Y en 1926 salía ya el *Génesis*⁵³, con el texto dividido en estiquios, y un triple aparato crítico para las variantes de los testimonios mayores, las demás y las divisiones textuales.

Pero los criterios de dom Quentin eran muy personales y le llevaron a un enfrentamiento con dom De Bruyne y dom Chapman, motivador de un estancamiento de los trabajos, sobre todo entre 1923 y 1927. Y acabó determinando a Pío XI a la sorprendente decisión, tomada el 15 de junio de 1933, en la constitución apostólica *Inter praecipuus*, de erigir en las afueras de Roma una abadía independiente, San Jerónimo, nutrida con monjes de la benedictina de Clervaux, en Luxemburgo, y dedicada exclusivamente a la tal edición de la *Vulgata*⁵⁴. Dom Quentin

⁵² Dom Quentin respondió en la «Revue bénédictine» (1925, pp. 137-50) a severas críticas de dom De Bruyne y de F. C. Burkitt; otras hubo de Vaccari, «Biblica» (1923, 401-7) y Lagrange, «Revue biblique» (1924, 115-23).

⁵³ Crítica de Vaccari, «Biblica» (1926, 449-55); De Bruyne, «Bulletin d'ancien littérature chrétienne» I,222-5; y Burkitt, «Revue bénédictine» (1927, 251-61).

⁵⁴ Recordamos haber visto información gráfica del evento en el diario «Ahora» de Madrid, escaso en noticias religiosas. Pero la construcción de nueva planta de un monasterio para escribir un libro desde luego que no era cotidiana en esa primera mitad del siglo XX.

pasó a ser su abad, estando sus nuevos colaboradores más propicios a eclipsarse ante él. Y exactamente medio siglo más tarde sería suprimida la casa, cuando ya estaban en el telar los dos últimos tomos del Antiguo Testamento, o sean los Profetas Menores (1986) y los Macabeos (1990), con la cooperación de algunos jesuitas del Instituto Bíblico. Y habiéndose renunciado a la edición del Nuevo, con el pretexto de no poderse mejorar la oxoniense.

A la muerte súbita de dom Quentin, en 1935, el Papa consultó a los jesuitas del Instituto Bíblico, Bea y Vaccari, quienes expresaron su confianza en dom Robert Weber, siendo nombrado abad dom Pierre Salmon, un historiador de la liturgia y la función abacial, a quien en 1958 sucedió dom Jean Gribomont, constituyendo los pilares de su nuevo equipo dom Henri de Sainte-Marie y el paleógrafo dom Vanne, además de dom Weber hasta 1935⁵⁵.

Dom Quentin hacía notar que, a veces, las enmiendas textuales de su edición aproximaban más el texto latino al original hebreo, como en el caso del cuervo que volvió al arca de Noé, paraje en el que la Clementina había aceptado una interpolación de los Setenta, *qui egrediebatur et non reverbatur*. Y que una sola letra podía arrastrar consigo abismos profundos en la piedad de la Iglesia, como el *ipsa conteret caput tuum* mariano, del Génesis, sin que en la edición *ipsa* fuera sustituido por *ipse*.

Se mostró insaciable a la búsqueda de las contaminaciones del propio arquetipo, hizo una obsesión de su desconfianza de las contaminaciones repetidas en varios códices y, a pesar de ello, desdeñaba el dato de la antigüedad de las correcciones, a su vez exigente de la desconfianza también del acuerdo entre los testimonios antiguos.

El trabajo inicial se planeó teniendo en cuenta treinta manuscritos y ocho impresos de base, cuya colación se repetía tres veces, si bien todos los códices anteriores al año 800 eran considerados, formándose así las dos familias españolas, las carolingias de Alcuino y Teodulfo, la milanesa, la casinense, la romana, y los tres manuscritos con correctorios dominicos y franciscanos de la Universidad de París⁵⁶. Y naturalmente que, dejada de lado la prehistoria del texto, a reconstruir sólo a través

⁵⁵ A dom Sainte-Marie sucedió en el abadiato de Clervaux dom Truijen, un holandés que también había trabajado en San Jerónimo. Otros fueron dom Antin, de Ligugé; don Sixdenier, de París; y dom Fohl, bajo el que conitnuó la vida monástica y estudiosa de la casa durante la segunda guerra, si bien parte de ella hubo de ser proseguida simultáneamente en la abadía parisiense de la rue de la Source y en la de Auberive.

⁵⁶ Uno de ellos, el de la Bibliothéque Nationale, lat 16719 a 16722, del convento dominico de Saint-Jacques fue citado por dom Gribomont como el modelo de las dificultades y complicaciones.

de las citas litúrgicas y patrísticas, la cuestión más ardua era la del entrecruzamiento de las influencias. Gracias al orden de colocación de los diversos libros de la Escritura y a las particularidades de sus *capitula* o índices de materias, con sólo cuatro siglas pudieron formarse un centenar de combinaciones⁵⁷. Por supuesto que la identificación de las distintas intervenciones correctoras exigía paciencia —a saber, la del mismo copista o el *corrector ipse*, y la de la tercera mano o corrección de la corrección. Y el mismo problema de estos raspados era el de las adiciones en el fondo.

Por su parte, dom Gribomont hizo desarrollar los estudios preliminares de historia textual a los nuevos volúmenes, suprimió el aparato crítico suplementario pero amplió el primero, adoptó las siglas de sus hermanos de Beuron para la *Vetus Latina*, y añadió índices ortográficos muy pormenorizados⁵⁸. Y al estudiar la llamada «Biblia de San Pablo», una «pandecta» de la segunda mitad del siglo IX, tardío testimonio de la recensión de Alcuino, comparándole con otros tanto más antiguos como contemporáneos y ora de la misma familia ora de otras, se dio cuenta de cómo cualquier Biblia es la etapa de una larga historia en una confluencia de encrucijadas⁵⁹.

De las «Collectanea» hemos de notar que, teniendo por contenido ante todo los materiales para la edición, en su mayoría versaban sobre la misma materia de la *Vetus*. Desde el fin de la segunda guerra hasta 1951 dom Salmon publicó en ellas dos volúmenes sobre el Leccionario de Luxeuil, y dom Weber un estudio sobre las versiones antiguas del II Libro de los Paralipomenos. Y de 1952 a 1959 hubo un monopolio de los salmos: el Galicano constituyó el tomo décimo de la edición, pero se le acompañó del romano y de otros antiguos, de la otra versión jeronimiana del hebreo —el Galicano estaba basado en los Hexaplas—, de los títulos psálmicos y de los estudios de los salterios latinos, estos dos últimos temas a cargo del propio don Salmon, igualmente.

Y todavía hemos de dar cuenta de otros dos frutos editoriales de esta empresa benedictina. En 1959, en Turín, la casa Marietti publicó a su

⁵⁷ Las familias se designaban por mayúsculas griegas, con las minúsculas reservadas a sus códices; las mayúsculas latinas, una tradición independiente, y sus minúsculas los fragmentos.

⁵⁸ Ya hemos citado uno de sus trabajos en la materia; además, *Les «ortographique» de la Bible latine: éditions, manuscrits, fragments, instruments de travail*, en «Grafica e interruzione del latino nel Medio Evo» (Roma, 1987, ed. de A. Maierù de las Actas de un Seminario de 1984) 1-13; y con dom Jean Mallet, *Le latin biblique aux mains des barbares. Les manuscrits UEST des Prophètes*, «Romanobarbarica» 4 (1979), 31-106.

⁵⁹ *La Bible de Saint Paul*, actas citadas en la nota 12,30-9. Cuando murió en 1986 estaba preparando la historia de la *Vulgata*, hasta la imprenta, teniendo en cuenta, por ejemplo, la tradición cisterciense y los manuscritos del siglo XIII.

cargo la predecesora Clementina, *Biblia sacra Vulgatae editionis Sixti V iussu recognita et Clementis VIII auctoritate edita*. Y en 1969⁶⁰, anticipaban en una *editio minor* la totalidad del texto crítico, colacionando una docena de códices para los Profetas, aún no aparecidos en ése, y teniendo en cuenta la edición de Oxford para el Nuevo Testamento, *Biblia sacra iuxta Vulgatam versionem*. Y en cuanto a los libros ya publicados, a veces corregían el propio, por haber tenido en cuenta algunos manuscritos de la *Vetus*. La casa editora era la *Württembergische Bibelanstalt*, la casa protestante de Stuttgart editora del texto hebreo de Kittel, del griego de Rahlfs y de Nestle. La tarea corrió a cargo de dom Weber, pero ayudado por dom Gribomont, dom Fsicher y Thiele, y un anglicano de la oxoniense, Sparks. El aparato crítico imprescindible se limitó en principio a cinco manuscritos.

Y ahora, la evitación de confusiones exige un apéndice⁶¹. El 24 de marzo de 1945, Pío XII, por el motu proprio *In cotidianis precibus*, promulgó una nueva versión latina del salterio, obra del Instituto Bíblico, y sobre todo de su rector, el confesor del propio pontífice y futuro cardenal, Agustín Bea. El móvil fue hacer más fácil su comprensión. Y su latín, aparte esa sencillez y asequibilidad, tendía a lo clásico, apartándose por lo tanto de toda la tradición idiomática de la Iglesia, salvo los paréntesis humanísticos, y por supuesto de la bíblica. En todo caso, la medida, a estas alturas de la historia, nos resulta sorprendente, y a cual más reveladora para entender un pontificado por estudiar todavía. Lo cierto es que la constitución del Concilio Vaticano Segundo, *Sacrosanctum Concilium*, exhortaba ya a una traducción nueva de los mismos salmos, «que tuviera en cuenta el latín usado por los cristianos, el uso litúrgico y musical y toda la tradición de la Iglesia latina»⁶². El aldabonazo era un retorno a la *Vulgata*. Pero en aras de la misma inteligibilidad, se acabó decidiendo una revisión total de ésta, la elaboración, pues, de una Neovulgata, que no, por lo tanto, una versión integralmente nueva. Y a sus redactores se los llegó a llamar, con mucho optimismo, «primeros nuevos humanistas»⁶³, siendo promulgada la edición típica del

⁶⁰ Se reeditó en 1975.

⁶¹ Se cuenta la anécdota de que, al acudir el Papa a San Jerónimo, a decir una misa de despedida, cerrada ya la casa y terminada la obra, dio a los monjes las gracias por la Nueva Vulgata y no por la edición crítica de la antigua.

⁶² J. GRIBOMONT, en las Actas citadas en la nota 12, pp. 192-7. Curiosamente, el cardenal Bea aceptó colaborar en esta versión que iba a sustituir a la suya, por obedecer a Pablo VI. En su intervención comenzó defendiendo el salterio *Pianum* y haciendo al otro reproches de falta de claridad, ritmo y fidelidad al original, pero para terminar pronunciándose por una mayor acesión a la *Vulgata*, dando ejemplos como *testamentum, ecclesia, peccator, adiutor*. Dom Gribomont fue también uno de los redactores.

⁶³ S. ZEDDA, «Novum Testamentum», I, y «Rivista Biblica» 20 (1972) 238.

nuevo texto por Juan-Pablo II en la constitución apostólica *Scripturarum thesaurus* de 25 de abril de 1979⁶⁴.

Mas, volviendo atrás, a la tradición antigua, hemos de decir algo de ese nuestro dominio hispano que ya nos ha salido al paso varias veces a lo largo de nuestros itinerarios euroafricanos.

LA DULCINEA DE DON TEÓFILO AYUSO

Un testigo presencial me ha contado cómo prefiere olvidar la violencia de una discusión entre dom Fischer⁶⁵ y Monseñor Teófilo Ayuso Marazuela sobre la entidad, envergadura y trascendencia de la aportación de España a la Biblia latina.

Don Teófilo (1906-62) era canónigo lectoral y profesor del Seminario de Zaragoza⁶⁶, oriundo de la diócesis de Segovia —de Valverde del Majano, pueblecito en boca de folklore, el de Agapito Mazaruela también—, e hizo de la reivindicación de las versiones hispanas de la *Vetus* y la *Vulgata*⁶⁷ el norte de una vida no larga —vivió los mismos años que don Marcelino—, pero de infatigable dedicación estudiosa.

Los testimonios más densos de esa *Vetus* con la Biblia de Cava y la de san Isidoro, ésta representada sobre todo por la de la colegiata de la titularidad del propio santo en León y la de la catedral de esta misma ciudad⁶⁸, con versiones intermedias en textos perdidos —Valvanera— o tardíos —el Emilianense, que es la sigla H de dom Quentin, y el de Calahorra, descubierto por Ayuso.

⁶⁴ Bibliografía en T. STRAMARE, Actas citadas en la nota 12, p. 149; *ibíd.*, 176-97, J. Mallet, sobre la latinidad. Se tendió a mantener la post-clásica e incluso bastantes hebraísmos y helenismos.

⁶⁵ Éste minimizaba la corriente hispana, obsesionado por una dependencia italiana hasta de las interpolaciones características. En la Semana antes citada de Spoleto —celebrada precisamente el mismo año de la muerte de Ayuso— se mostró en desacuerdo con él en este extremo dom Gribomont.

⁶⁶ De 1938 a su muerte; de 1932 a 1938 lo fue del de Segovia. Él se había formado en la Gregoriana y el Bíblico de Roma.

⁶⁷ Compartía su tesis el jesuita José-María Bover Oliver (1877-1954); Ayuso sobre Bover, en «*Anthologica Annuæ*» 13 (1954) 333-68 y «*Revista española de Teología*» 15 (1955) 107-26. Bover defendió («*Estudios Bíblicos*», 1, 1941, 25) la identificación con Baquiaro de Peregrino, el misterioso traductor de la Biblia todavía más completamente que el propio san Jerónimo. La tal versión peregriniana está también en la base de las teorías de Ayuso. Dom de Bruyne la creyó encontrar en el código cavense. De Ayuso a este propósito, *Los elementos extrabíblicos de la Vulgata*, «*Estudios Bíblicos*» 2 (1943) 152-62.

⁶⁸ Sobre los precedentes de ésta, Carlos Gutiérrez, ¿*Cuándo se escribió la llamada Biblia de Oña?*, «*Estudios Eclesiásticos*» 34 (1960) 403-11. Datos en L. VÁZQUEZ DE PARGA, Semana citada de Spoleto, 257-80 y 337-8.

Éste se explayó⁶⁹ en los *Prolegómenos*⁷⁰ a la *Vetus Latina Hispana; La Biblia visigótica de Cava dei Tirreni. Contribución al estudio de la Vulgata en España*⁷¹; y sus ediciones de los salmos, a saber el *Psalterium Visigothicum-Mozarabicum*⁷², el *Psalterium S. Hieronymi de hebraica veritate interpretatum*⁷³, y el Salterio de la *Vetus Latina Hispana sin más*⁷⁴, que además del mozárabe, el galicano, el jeronimiano traducido del hebreo y el griego de los Setenta, contiene uno romano de supuesta tradición hispana y otro que don Teófilo llama patrístico hispano⁷⁵.

Se ha concluido⁷⁶ que «no parece posible reconstruir con tales variantes (no siempre tantas ni tan específicamente autóctonas) las supuestas *Vetus* y *Vulgata* hispanas de toda la Sagrada Escritura». A pesar de lo cual, la aportación ingente del levita segoviano⁷⁷ ha situado el conocimiento de esa parcela de nuestro legado a una altura desde la cual puede otearse⁷⁸.

Y antes de terminar, dejadas estas empresas concretas⁷⁹, daremos noticia de una constante genérica.

⁶⁹ Bibliografía de S. BARTINA, en «Estudios Bíblicos» 21 (1962) 350-62.

⁷⁰ I (Madrid, 1953) y II, el *Octateuco*, con su edición (Madrid, 1967).

⁷¹ (Madrid, 1956).

⁷² (Madrid, 1957; según el ms. Complutense, 31 de la Biblioteca Universitaria).

⁷³ (Madrid, 1960), según el Cavense.

⁷⁴ (3 volúmenes; Madrid, 1962).

⁷⁵ Véase también, de Ayuso, *Una nueva Políglota española*, «Cultura Bíblica» 5 (1948) 226-30.

⁷⁶ A. GIL ULECIA, «Gran Enciclopedia Rialp», 3, 538.

⁷⁷ Sobre ésta: P. NOBER, *La Vetus Latina Hispana*, «Verbum Domini» 32 (1954) 303-4; L. ARNALDICH, *Los estudios bíblicos en España* (Madrid, 1957) 19,23-27 e índice; y los dos trabajos de B. M. METZGER, *Recent Spanish Contributions to the textual criticism of the New Testament*, «Journal of Biblical Literature» 66 (1947) 401-23, y *Chapters in the history of New Testament textual criticism* (Leiden, 1963), cap. 5.

⁷⁸ Pensemos en el camino recorrido desde la primera Semana Bíblica Española, organizada por Ayuso en 1940, y los libros de Olegario García de la Fuente, *Introducción al latín bíblico y cristiano* (Madrid, 1990) y *Antología del latín bíblico y cristiano* (Málaga, 1990). En el Primer Congreso Nacional de Latín Medieval de León (diciembre de 1993) presentamos nosotros una comunicación sobre el canónigo Ayuso. Y en el coloquio hubo quien se mostró más favorable a la vigencia de sus tesis que nosotros mismos. Otra fue la de Ciriaca Morano Rodríguez, *Edición crítica de textos de «Vetus Latina» en Vulgatas españolas: resultados y vías de investigación abiertas*.

⁷⁹ De la Biblia de Montserrat, coetánea a la de San Jerónimo de Roma, y que consiste en el estudio sobre el terreno de la Biblia, a guisa de comentario del texto catalán y el de la *Vulgata*, en cuya gestación hay genuinas páginas de novela de aventuras, habiendo revestido de un aura legendaria al más esforzado de sus artífices, dom Buenaventura Ubach, *Abuna Sa'id* que traducían los beduinos, no podemos decir aquí nada pues no guarda relación con la Edad Media; puede verse nuestro libro *San Benito y los benedictinos* (Braga, 1993), VI, pp. 3262-7.

LAS CONCORDANCIAS HASTA CLAUDEL

Pues empezábamos citando a un poeta contemporáneo de inspiración medieval y en consecuencia bíblica. Otro de ellos, Paul Claudel, en sus visitas a los monasterios benedictinos, pedía nada más llegar una concordancia bíblica para trabajar.

Éstas consisten en listas alfabéticas de las palabras⁸⁰ usadas en la Escritura, con las citas precisas de cada una y a veces las distintas acepciones de su empleo.

Desde la Baja Edad Media a nuestros días tienen ya una larga tradición ininterrumpida, habiéndolas tanto del texto latino como del griego y el hebreo⁸¹ y hasta de las lenguas modernas, éstas casi todas protestantes.

Las primeras, de la *Vulgata*, fueron dirigidas, hacia 1230, por Hugo de Saint-Cher y se llaman *Concordantias Sancti Jacobi*, por este convento parisino de su tal elaboración. No se insertaban en ellas las frases de las citas, a lo cual salieron al paso las *Anglicanae*, de los dominicos ingleses, posteriores unos veinte años⁸², pero incurriendo en el defecto contrario, la prolijidad y hasta la nimiedad, de manera que fueron las *Concordantiae Bibliorum*, hacia 1290, de Conrado de Halberstadt, las del justo medio. Las de Hugo de Saint-Víctor son de hacia 1263⁸³.

Antes de la edición Clementina, siguieron las de Robert Estienne (París, 1555). Y después, las de Amberes, 1599; Gaspar de Zamora (Roma, 1627); los benedictinos de Wessobrunn (1751); F. F. Dutripon (París, 1838); desde la edición lyonesa de 1851 muy difundidas las *Concordantiarum SS. Scripturae manuale*, de los jesuitas E. de Raze, E. de Lachaud y J. B. Flandrin; G. Tonini (Prato, 1861); M. Bechis (Turín, 1887-8); C. Legrand (Brujas, 1889); V. Coornaert (París y Brujas, 1892); E. Peultier, L. Etienne y L. Gantois (París, 1897). Dom Fischer hizo,

⁸⁰ Las «reales», que tienen por objeto los temas —verbales se llaman las otras—, son más bien estudios bíblicos sin más, aunque revistan una cierta forma de diccionario. Reales fueron las primeras, las apologéticas *Concordantiae morales*, del siglo XIII, dirigidas por san Antonio de Padua al servicio de la predicación; A. KLEINHANS, *De concordantiis biblicis s. Antonio Patavino aliisque fratribus minoribus saec. XIII attribuitis*, «Antonianum» 6 (1931) 273-326 (se imprimieron en 1624).

⁸¹ Por ejemplo, la casa Brill acaba de publicar en Leiden la *Concordance to the syriac New Testament, according to the British and Foreign, Bible Society's Edition*, de George-Anton Kiraz.

⁸² Impresas en Nuremberg, en 1485. Las de Conrado fueron las primeras en darse a las prensas, en Estrasburgo, en 1470.

⁸³ No se imprimieron hasta 1606 en Amberes, por Lucas de Brujas.

por ordenador ya, unas basadas en la edición *minor* de Stuttgart de que atrás dijimos ⁸⁴.

* * *

El 3 de junio de este año de 1993 ha tenido lugar, en el monasterio de Beuron, una fiesta académica: conferencia sobre la exégesis del obispo de Rottenburg, Kasper; exposición del estado de la edición de la *Vetus* por Frede; *laudatio* del director del *Thesaurus Linguae Latinae* de Munich, Krömer; entrega de la miscelánea *Philologia Sacra*, agradecimiento de Thiele, recepción en el palacio de Warenwag por la princesa Teresa de Fürstenberg. Un tributo sobre el terreno a la tradición europea de raíces medievales. De ineludible conocimiento para abrirse paso en cualesquiera textos de la Edad Media.

Pero ello cuando hay nubarrones espesos en el horizonte. Así, el Consejo Superior de la Educación de la Iglesia de Suecia se ha visto obligado hace poco a examinar a los jóvenes pastores de lugares bíblicos, ante las noticias alarmantes de su desconocimiento de ellos ⁸⁵. Y pensemos en el aura poética que envolvía a la cultura eclesiástica que nutría a todos los clérigos en virtud del rezo ineludible y cotidiano del Breviario, Romano sí, pero aromado del incienso e iluminado de las luces de Oriente, aunque entre lo cariñoso y lo irónico le llamaran familiarmente *la suegra* en Aragón. ¿Y qué decir de los planes de estudio que permiten doctorarse en filología hebrea sin haber estudiado nada de latín?

¿*Egrediebatur et non revertebatur*? ¿Habremos de consolarnos con la promesa de Gustavo-Adolfo Bécquer, de que habrá siempre poesía aunque pueda no haber poetas?

⁸⁴ Más bibliografía: A. PENNA, «Enciclopedia Cattolica» IV, 186; A. Vaccari, *Quae sit optima Vulgatae latinae concordantia*, «Verbum Domini» 4 (1924) 245-50; A. Kleinhans, *De prima editione catholica concordantiarum hebraico-latinarum sacrorum Bibliorum*, «Biblica» 5 (1924) 39-48. No podía faltar la aportación maurista, *Méthode sacré por apprendre à expliquer l'Écriture Sainte, contenant une infinité de concordances* (1716), de dom Jean Martianay (1647-1717). Precisamente en el Breviario de la Congregación de San Mauro, de 1787, una modificación de la Vulgata tuvo su significación teológica.

⁸⁵ Curiosamente, al informarse se les estaba dando una formación más bien profana, entre las materias integrantes de la misma se incluía el latín; Carmen Villar Mir, *ABC*, 20 de febrero de 1993.